

UNA HISTORIA COMO CUALQUIERA



Rosario de Fátima Avilés Avilés

UNA HISTORIA COMO CUALQUIERA



Rosario de Fátima Avilés Avilés

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	4
EL ENCUENTRO	5
MI MADRE OFELIA.....	7
UN BELLO BONSAÍ	8
UN RETO QUE AL PERDER, GANÉ.....	10
LA CENA.....	11
UNA VISITA INESPERADA.....	12
LAS MIL Y UNA PRIMERA NOCHE.....	14
UNA HISTORIA COMO CUALQUIERA	16
¿CONTARLE A MI MADRE?	17
¡CÁSATE CONNMIGO!	18
LA OPERACIÓN.....	19
EL REGRESO DE OSVALDO.....	20
UN OJO DE VENADO, PARA LA SUERTE	21
¿DE PASEO EN GUANAJUATO?	23
ESTO ES LO QUE SOY	25
EN ORO ROSADO Y DIAMANTES	26
EL PRINCIPIO DEL FIN	28
LA CEREMONIA.....	29
¡CORRE POR TU VIDA!	30
¡UN DÍA DE CAMPO!.....	31
EL RESCATE DE AMOR	33

INTRODUCCIÓN

Eres ese bello espécimen llamado hombre, que con blancas alas imaginadas en mi alma cual Pegaso, me lleva en un vuelo por todo el universo haciendo creer que puedo alcanzar la eternidad.

Eres quien me da ese falso bienestar, pues estás tan inexistente en mi realidad como real en mis fantasías, esas en las que tu hermosa silueta, provoca me llene de calores y emociones, ¡me haces pensar!

Pensar que no solamente soy simple mortal tratando de alcanzar el sueño de la felicidad total, sino que me impulsa a seguir una presunción guardada en mi terco corazón, un anhelo tan imposiblemente accesible, tenerte y sentirte en mí.

Tan vivo en mí que las tantas fantasías y anhelos se vuelcan sobre mi mente como un millón de huracanes que hacen a la imaginación amante furtiva de ideas llenas de ensueños, llenas de amor, donde te hago eternamente mío, sin restricciones ni horarios, simplemente un todo.

Eres algo más que no se puede decir, que no podría pensar un minuto estar sin ti en mi vida, sin tu figura dibujada en mis pupilas, sin tu mirada endulzando mis cafés por la mañana, sin esa manera tan especial de enfrentarme a la existencia día a día, ¿Cómo podría?

Si no fueras tú, en quien pensaría, con quien soñaría, a quien amaría, seguramente muerta volvería mi fantasía, mi ilusión partiría en dos, al igual mi corazón.

Este corazón que late en cada despertar por tenerte como primer pensamiento en la mañana, que se emociona por sentirte su latir en cada noche, que te hizo su más grande alegría, su más grande sufrimiento, su todo y su nada, el principio de un final que escrito está desde el comienzo.

Eres simplemente mi silencio, el que no puedo romper ni con las mil frases de amor que grito tratándote de enamorar, y aunque tristezas hay, no dejo de mirar al infinito pensando, que un día de invierno, vendrás de lo lejos para llevarme, y hacerme eternamente inmortal; así escrito está, en una historia como cualquiera.

UNA HISTORIA COMO CUALQUIERA

EL ENCUENTRO

Esta historia de amor comienza como cualquier otra, dos personas que se encuentran por allí, dos personas por las que el destino movió su pluma para escribir sus nombres lazándolos tan fuerte que jamás pudieran desunirse.

Hago énfasis en *una historia como cualquier otra*, ya que muchos pensarán, luego de conocer la vida de uno de los protagonistas, que no era como todos esos cuentos de hadas que hemos leído donde la princesa es rescatada, aunque en este caso, quiero pensar que el príncipe fue el rescatado, y en base a esto, para mí, no es diferente.

Esa tarde como algunas otras veces, paseaba por cada uno de los pasillos de aquel enorme centro comercial para surtir mis compras, que era algo que en realidad no me gustaba hacer, pero era necesario, y mi molestia a hacer el súper, era por una discapacidad que tenía desde niña, tenía un frío aparato que me impedía que mis piernas caminaran como sería normalmente, esto me llevaba, casi siempre, a apartarme de las personas, algunas suelen ser crueles, y me protegía de esta forma; me había vuelto, en base a malas experiencias, muy desconfiada.

Así que, cuando un hombre se me acerca queriendo pagar mi cuenta en la caja, pues había olvidado mi cartera en el auto, una alerta roja, mucho muy roja, se prendió en mí, que por supuesto me hizo rechazar la oferta, a saber de que aquel hombre tenía una mirada bastante interesante, tan profunda, de esas que dicen que pueden conseguir todo lo que desean, y tal vez, eso no es una mala actitud, pero para mi entender, esas personas suelen atropellar y derribar cualquier obstáculo para salirse con la suya.

Muy correcta le di las gracias, pero sin sonreírle, cosa atípica en mi carácter, ya que desde muy pequeña aprendí que una sonrisa, en cualquier situación, puede hacer la diferencia, que puede endulzar hasta al limón más agrio si se usa la dosis adecuada de miel.

Le indiqué a la cajera que, por favor, me esperara para salir de la tienda, traer mi cartera, y pagar todas mis compras, me sentía bastante apenada, pues había una inmensa fila con caras muy largas, sin contar que el hombre, que hasta ese momento no tenía yo ni idea de quién era, mucho menos de la relevancia que tenía en la vida pública de mi comunidad, seguía de pie a mi lado, esperando paciente que comenzara a moverme.

Podrán pensar que era un político o un funcionario público, que tal vez era un artista famoso, pero no, tenía una profesión, por así llamarlo, de lo más inverosímil que me hubiera podido imaginar, de haberlo sabido quizá me hubiera alejado o quizás no, tal vez me hubiese enamorado igual, tal como lo hice.

Regresé a la tienda, después de largos minutos, pero por suerte para mi vergüenza, ya no había fila, y todos los compradores ya habían marchado, también aquel hombre, ya no estaba dentro del establecimiento; me sentí un tanto aliviada, me sentía inquieta con el hecho de pensar que podía ser un acosador o cualquier lunático, aunque también me sentía un tanto especial, pues las personas no suelen ser tan comedidas hoy en día.

Caminé por el estacionamiento llevando mi carrito de las compras, las subí en mi camioneta, me encontraba metida en mis pensamientos, de hecho ya me había olvidado de lo pasado dentro de la tienda, así que no reparé de una persona que se acercaba mientras estaba abriendo la puerta de mi auto para marcharme; fue una sorpresa total.

Estaba de frente a mí el hombre del centro comercial, me extendía su mano con un bello chocolate gigante en forma de beso, saben a cuales me refiero, al momento de esto me pedía mil disculpas por el atrevimiento al querer pagar mi cuenta, también me daba explicaciones, si es que había pensado yo que todo lo había hecho para humíllame o por lástima, eso jamás cruzó por mi mente.

Con la sorpresa dibujada en el rostro, tomé el chocolate, mientras que dejaba que su sonrisa me desarmara, hasta su mirada fue otra en ese momento, ya no tenía ese aire de superioridad, más bien era tierna y amable; mi sonrisa brotó espontanea, pero aún así, solamente contesté con un gracias.

Después de esto me mira directo a los ojos, y pudiéramos habernos quedado así por más tiempo que unos segundos que duró, sin embargo, un empleado, guardaespaldas creo, se acercó para decirle que tenían que irse de inmediato, a lo que él, con una seña afirmó el mandato.

Caminó unos pasos para retirarse, pero en un movimiento se regresa para darme una tarjeta, no decía su nombre, tampoco lo pregunté, sería muy obvio mi interés, pero si quise saber de quién era ese número, sólo dijo que era su secretaria, que cuando le llamara nada más le indicara que era la chica del centro comercial, ¡qué presuntuoso! Daba por hecho que lo buscaría.

MI MADRE OFELIA

Unos veinte minutos más tarde llegué a mi casa, ya en mi memoria no estaba, de nuevo, el encuentro aquel, en mi mente había otras preocupaciones que me importaban más que unos ojos autoritarios, aún me estremece esa mirada.

En fin, tenía más de qué ocuparme, tenía que ver con mi carrera, una carrera de muchos años atrás, que parecía, después de tantos tropiezos, comenzaba a dar los frutos de tantas noches pegada a una máquina escribiendo millones de palabras, era escritora de novelas, aunque en realidad escribía de cualquier cosa que se pudiera escribir, empecé un día con un poema, después las ideas mezcladas con palabras bellas comenzaron a salir de mi cabeza, ya nada me podía parar.

Para lograr todo esto, que ahora, por fin, parecía iba a suceder, contaba con un linda señora que me había escogido para ser su hija cuando me adoptó en aquel feo orfanato, en realidad no era feo, mi percepción de niña así lo veía, la realidad era que las monjas que lo atendían eran estrictas, pero buenas.

Entonces tenía yo ocho años, y Ofelia, me llevó a su casa, me dio una familia, aunque de dos, pues su marido había muerto un par de años antes, y jamás tuvieron hijos; desde ese momento, al abrazarme llamándome hija supe que era un chica con suerte, a pesar de todo lo ya vivido en mi corta vida.

¿Mi madre biológica? Tuvo miedo de su vida conmigo e hizo lo mejor para mí, dejó en la mesa la oportunidad para que alguien más me tuviera.

Hablando de mi madre, no digo adoptiva porque para mí es mi madre sin condiciones, es una mujer muy inteligente y capaz, que desde que supo cuales eran mis inclinaciones de creadora de sueños, tomó en sus manos las riendas, y solamente me dijo, si haremos esto lo haremos bien.

Y véanme aquí, haciendo lo que me gusta, aunque en un entorno y situación diferente del lugar donde empecé.

UN BELLO BONSAÍ

Al siguiente día del encuentro en el supermercado, quiero dar este punto de referencia puesto que todo lo que pasa de allí hacia adelante se genera de esto, recibía un paquete que estaba adornado con un gran moño rojo, en papel rojo muy brillante, esto era muy exagerado para mi gusto, pero aún así me sentía sumamente emocionada, y sorprendida, pues nada más mi madre me daba obsequios, y jamás me los enviaba por paquetería.

Quise saber quién era el emisario de un regalo tan estafalario, por así decirlo, pero el mensajero me indicó que dentro estaban los datos; seguía con el corazón dando golpes fuertes en mi pecho cuando cerré la puerta, quería romper la envoltura para ver el interior, y así lo hice, se descubrió ante mis ojos un precioso árbol de bonsái, nunca había recibido algo como esto, bueno, plantas sí, pero de mi madre o vecinas.

Adentro venía un pequeño escrito que se leía en unas cuantas palabras el mensaje, sólo decía que era para que al mirar ese arbolito me acordara de alguien que jamás se habría de olvidar de mí, firmaba un nombre, Osvaldo García López, como ven ese nombre no me dijo nada más.

Y, no era que no me interesara la vida del país, pero cuando creaba me desconectaba de todo, mi vida se centraba en mi computadora, para mi ver este nombre nada más era eso, un nombre en una tarjeta de regalo, aunque mi pobre madre casi se infarta al mirar los datos, hasta la emoción que sintió al saber que había conocido a alguien se le olvidó.

En una histeria, para mi entender algo exagerada, me dijo, con mucha preocupación en la mirada, quién era aquel hombre que se me acercara tan amable queriendo salvarme de un oso, no de un animal, sino de algún tipo de vergüenza; ahora pienso que tal vez creyó que no llevaba suficiente dinero.

Es un *narco*, me dijo, mientras me tocaba la cara, quizás para consolarme, pero de qué.

Tal vez cuando no tienes la edad suficiente, entonces tenía yo apenas 21 años, no profundizas en las cosas importantes ni miras los riesgos que hay detrás de ciertas personas, cómo un día estás vivo, al siguiente te escondes para salvar tu vida, y tiempo después, toda tu vida acaba en un archivo muerto cambiando tu nombre en una lista de testigos protegidos; pero después de todo, volvería a vivir cada segundo y hacer cada tramo del camino por sentir de nuevo sus brazos protegiéndome. A 20 años de perderlo, todavía lo extraño, cada día más.

Siguiendo en aquel momento de mi madre al bode de un colapso nervioso, al tiempo de marcharse me hizo jurarle que no permitiría que ese hombre se me acercara, que tampoco recibiría ni uno más de sus regalos, y mucho menos, por ningún motivo, razón o circunstancia le abriría la puerta, de haber sabido que no sólo la puerta de mi apartamento le abriría, sino también las de mi corazón y mi cama, de par en par, de seguro me lleva a un manicomio.

Le juré a mi madre, le hice promesas, que por un tiempo si estuve dispuesta a cumplir, hasta que no vi más motivos para no dejarme llevar por esa mirada que me

encantaba, era la primera vez que no hacía lo correcto, que pensé en tener esas aventuras románticas que por años había escrito en mis novelas, quería sentirme plena, saber que, no solamente por burlarse de mi persona, como alguien lo hizo una vez, un hombre trataba de agradarme, de hacerme sentir una mujer como cualquiera; deseaba verme al espejo, y que mi alma, en el reflejo se mirara normal.

Esas ideas, lo sé, nada más estaban en mi cabeza, porque hubo muy pocas personas que me vieron diferente, pero aún así, sabiendo que mi propia madre me había abandonado por ser discapacitada, era algo que en mi psiquis había marcado muy fuertemente un sentimiento de inferioridad, una inferioridad que en la silueta mía que se dibujaba en los ojos de Osvaldo jamás existió.

Siempre me miró con amor y ternura, hasta decir con devoción, me demostró, y al final de su vida aún, que fui lo más importante, *la segunda mujer que más amé*, me dijo, la primera fue su madre.

UN RETO QUE AL PERDER, GANÉ

Esa misma noche, de un día que hice diez mil promesas a mi madre, rompía la primera, pues casi al acostarme, para descansar de un día muy ajetreado para mi mente, entonces escribía una de mis novelas más extensas en contenido, timbraba en mi celular una llamada que se supone no debía aceptar, pero que la curiosidad, porque no estaba entre mis contactos, me hizo abrir, era una video llamada de Osvaldo, la cual me hizo saltar el corazón, con todo eso los nervios me temblaban un poco la voz.

Al abrirse la pantalla miré su rostro sonriente, en sus ojos estaba esa altivez que recordaba, pero estaba mezclada con una alegría y ternura al mismo tiempo, parecería imposible, y sin embargo, así era; me saludo con un clásico *hola*, seguido de *hermosa mujer*.

Charlamos unos cuantos minutos hasta que llegamos a la parte donde me invitó a salir, un café me dijo, cuando le rechacé una copa, no quería soltar mi espíritu, para seguir ocultando cuánto me gustaba este hombre, sólo que no pude rechazar una propuesta que me hizo, *un reto* lo llamó, y se trataba de, por su parte insistir hasta lograr que yo aceptara salir con él, y por la mía, resistirme hasta que ya no me insistiera más, resultaría vencedor quien se diera por vencido.

La propuesta se me hizo una niñería para el tipo de hombre que me habían contado que era, pero tal vez tienen razón esos dichos que afirman que todos los hombres, sin distinción, son como niños, en el fondo, de cualquier modo, me sentí muy halagada con esa atención que veía en él, como cada vez que le decía que no, simplemente buscaba otra opción donde pudiese conseguir ese sí de mi boca.

Al siguiente día, por la mañana, comenzaba una conquista sin límite de atenciones para mi persona, un mensaje de texto a las 7 a.m. me dio los buenos días, ya después con la tecnología, esos mensajes estaban escritos en una imagen con una rosa en 3D, más tarde ese mismo día, un ramo de rosas blancas con girasoles llegó a mi puerta, esos detalles duraron rigurosamente por unos tres de años, después de eso, comencé a vivir, de primera mano, los riesgos de esa relación.

Al paso de los días, entre llamadas, mensajes, las flores y demás detalles, se me llenaba de amor cada vez más el corazón, Osvaldo, ganaba más terreno, mientras mi alma y mi estado de ánimo, más material para escribir situaciones donde el romance tenía más detalles que adornaban a todas las palabras.

Cómo había cambiado mi perspectiva de la vida por unos ojos negros, por unos labios perfectos que jamás me habían besado.

Ya era tanta mi curiosidad por conocerlo, sin ocupar de una pantalla, que me dije aceptaría una salida con él, si me lo proponía de nuevo, aunque esto me declarara como la perdedora del juego, pero qué más daba si ganaría algo más; gané mil viajes a las estrellas entre sus brazos.

Llegó esa ocasión, cuando de nuevo volviera a insistir que saliéramos, una sola vez nada más, me decía con terquedad, así que cuando le contesté que sí, pero que cenaríamos en mi apartamento, casi saltó por la habitación donde se encontraba, pusimos fecha y hora, prepararíamos una cena exquisita para él.

